



2

Informado Atenágoras de Bizancio de la existencia de un país en el extremo occidental de Europa donde la verdad era fácilmente distinguible de la mentira, encaminóse rápidamente a tal país para volver con argumentos suficientes para confundir a los sofistas. Tuvo Atenágoras antes de iniciar su viaje un simposium con otros filósofos en el que decidieron que bastaba que volviese con una simple verdad, por sencilla que fuese, porque era suficiente. «La Verdad absoluta la deduciremos más tarde de la que tú nos traigas de ese maravilloso y sincero país», dijeron. Atenágoras, acabado el banquete, se puso en camino.



4

Cruzó la frontera seis años más tarde rodeado de bárbaros en calzoncillos, conocidos por turistas. Atenágoras preguntó a los nativos del sincero país qué era lo que más ardientemente deseaban conocer y siempre obtuvo la misma respuesta: «Saber por qué el precio de la ternera ha tenido un incremento del 340 por 100 en los últimos años y saber por qué cuesta en el mercado 360 pesetas el kilo». Atenágoras decidió conocer esa sencilla verdad y a ello dedicó todos sus esfuerzos. Preguntó a los mercaderes y no obtuvo respuesta, sino lloros y lamentaciones y facturas abusivas de los mercaderes generales que al parecer se llevaban todos los beneficios.



8

Los grandes mercaderes también prorrumpieron en llantos de desesperación para explicarle sus penas al oír su pregunta. Muchos de ellos, arruinados por su comercio benefactor, habían tenido que enviar a sus esposas e hijas a trabajar a la húmeda Britania. Los precios de la ternera venían altísimos desde su mismo origen y ellos, con tal de proveer al pueblo llano de la necesaria vianda, habían perdido parte de la antigua hacienda heredada de sus padres y de sus abuelos. Atenágoras se dio cuenta de que la verdad no podría saberla por este lado y se dirigió a los que traían la carne desde su origen, culpables tal vez del encarecimiento de la mercancía.



10

Nuevas tristezas vinieron a añadirse a las innumerables que había presenciado Atenágoras hasta entonces. Los transportistas, deshechas sus haciendas y consumidos sus bienes, con tal de atender las demandas del público que todo lo merece y a quien tanto quieren, seguían arruinándose día tras día. Muchos de ellos tenían que circular por las calzadas reales con sólo tres ruedas por carecer de financiación suficiente para comprarse la cuarta, y para sobrevivir tenían que dedicarse a fabricar humo y venderlo a las potencias amigas para sus fábricas de gases asfixiantes. Atenágoras, decidido siempre a conocer una sencilla verdad, prosiguió sus investigaciones para saber las razones del altísimo precio de la ternera.



12

«¿No ha oído usted hablar de la coyunturalidad internacional? —le dijeron los técnicos a los que se dirigió más tarde—. Nosotros estamos haciendo lo imposible para frenar la tendencia alcista de esas cosas que, por cierto, en su país, distinguido Atenágoras, ha tenido incrementos superiores a los habidos en el nuestro. Pero nosotros debemos flexibilizar la leve inclinación inflacionista...». Atenágoras no escuchó el discurso hasta el final y salió del templo. «¿Tendré que volverme sin conocer esta sencilla verdad: por qué vale a 360 pesetas el kilo de ternera?». Cuando reflexionaba de esta manera oyó que alguien, escondido en una columna, le llamaba. Atenágoras se volvió y vio sorprendido que se trataba de una vaca que lloraba a moco tendido.

